

Los indios y la burguesía terrateniente

Manuel Esparza

Los de Raza

Lo primero que debió importarle a Monseñor Gillow cuando aceptó venir a Oaxaca y más cuando empezó a conocer el estado, fue el elemento humano de su diócesis. No rehusó a ver a la mayoría de la población, de ella va a hablar y escribir y a pelearse, pero no la evitó. Casi no hay datos de la población de la ciudad de Oaxaca en los escritos de Gillow. Fuera de la importancia que le da a los obreros, no se sabe prácticamente qué pensaba Gillow de la burguesía de la ciudad, los gobernantes y los estudiantes.

La composición étnica de la población se le impuso desde las primeras páginas de su diario de visitas como una realidad inevitable. Los de razón y los de raza son los dos criterios para el uso de varios adjetivos con los que Gillow describe las cualidades o defectos de los habitantes de los pueblos. Es imposible, entonces, no dejar de notar la afinidad por la gente blanca, de rasgos occidentales, de habla castellana. La ignorancia, cerrazón, el monolingüismo, van con frecuencia asociados a la falta de obediencia, de sumisión, de respeto a los curas; los indios muy rara vez son distinguidos por sus diferentes etnias, en general son los “de idioma”. A veces los epítetos son más sonoros “estos pueblos son unos semisalvajes, como el de San José que no obedece a sus propias autoridades y otros son bastante entendidos como los de San Juan. Hablan idioma, pero entienden todos el castellano” (San Juan Ozolotepec, 1896).¹ Los triques salen mal librados, “los indios permanecen casi salvajes... andan con sólo calzoncillo arrayado” (Copala, 1898): Aquéllos del rumbo de Ozolotepec van a aparecer en las páginas de Gillow varias veces, gente “sucia, de cutis grosero y ordinario, pero algunos buenos tipos” (Sta. María Cuixtepec, 1896).

¹ La mayoría de las citas están tomadas de *Libros de las Visitas Pastorales del Sr. Gillow, 1888-1913*, 12 vols, manuscritos.



Hablar castellano es sinónimo de progreso, “se nota más civilización... pues ya muchos entienden el castellano y bastantes mujeres andan vestidas ya con enaguas de algodón y rebozo” (San Francisco de Cajonos, 1910). Igual que en Sto. Domingo Albarradas, las mujeres de otro pueblo mixe le tienen miedo y corren a esconderse. Allí se llevó un descolón cuando “a un muchacho simpático a quien insté para que se confirmara, supo bastante español para decirme: no quiero. Excusé su ignorancia y lo compadecí esperando que Dios les proporcione la ocasión del instruirse en la religión, pues viven como animales” (Tiltepec, 1910).

Las reacciones de los pueblos a veces parecían hacer honor a la fama que se les atribuía, como aquel pueblo que entre otras cosas “le faltaron también a un Sr. Cura a quien azotaron y luego le dieron tortura colgándolo por las manos” (Teojomulco, 1896). No lejos halló Gillow a un pueblo con complejo de culpabilidad y hasta se sentían excomulgados porque en tiempos pasados “faltaron al padre que los cuidaba y desde entonces muchos han muerto, continuamente hay enfermedades y se está despoblando el pueblo”, “encargué al Sr. Cura Urbano Montero vaya a decirles una misa de rogación, que canten la letanía de los santos y les dé la bendición en mi nombre” (Santiago el Grande, 1896).

Otra cosa fue lo que pasó a Cesario López, presidente municipal quien en pleito en San Felipe Zapotitlán, allá por Elotepec, “le faltó al Sr. Cura Lorenzo Córdova”. Gillow fulminante le dice que “pasará Ud. a darle satisfacción, pena de incurrir en la censura eclesiástica”. Pero pensándolo mejor prefirió ser más radical con gente como ésa que no respetó la autoridad que representa el cura, que es la del obispo, “en atención al escándalo que Ud. ha causado rebelándose contra las disposiciones del Prelado diocesano, queda Ud. privado del uso de los Santos Sacramentos y su Sría. Ilustrísima se reserva el darle la absolución” (1896).



En Mixtepec, de la Mixteca, halló Gilow que la iglesia estaba abandonada, sencillamente “venían los indios y maltrataban y pegaban a los curas”. Por fin llegó uno que sabía que el idioma que “los había amansado pues eran salvajes y alzados, ofreciendo los derechos que querían” (1898).

Por la sierra zapoteca las cosas no se cosían muy diferentemente, en Tanetze “le faltaron al cura Pablo Chávez”; en Yotas, el presidente se opuso al cura porque éste pedía zacate, y en Talea hasta le quitaron la mula y además lo maltrataron por no querer tomar con ellos... vive sobresaltado y en Cacalotepec le apedrearon el curato”. En San Juan Yae, para Todos Santos, dice el azorado obispo, hacen venir a un padre y a la hora de ajustar cuentas por sus servicios “lo maltratan, lo apedrean y quitan parte de lo convenido” (1898).

La falta de instrucción religiosa que tanto parece impresionar al obispo, es un tema difícil de discutir, es decir, ¿qué es ignorancia religiosa?, ¿qué es lo esencial que debe saber uno para decirse cristiano?, ¿dependerá el ser o no ser de la cerrazón indígena, o de la teología que estudiaron los ministros? Por lo pronto hay que dejar oír al mismo Gilow descubriendo su diócesis y revelándose él mismo en sus propios juicios y apreciaciones de los demás.

En Eloxochitlán de la entonces foranía de Tehuacán, se le presentaron dos críos, uno de diez años y la muchacha de nueve pretendiendo matrimonio “llevaban meses de estar insistiendo con el Sr. Cura sobre el particular y trabajo me costó disuadirlos y hacerles comprender que no podía permitirlo” (1896). Cualquiera estaría de acuerdo que esos niños no sabían lo que pide la Iglesia para casarse. Vamos a ver ahora a nuestro obispo, en la soledad de su celda que le prepararon los dominicos de Coixtlahuaca, muy cuidadoso en transcribir el reverso de un papel que había sido usado para anunciar su llegada.



Del otro lado hay un aviso impreso reciente sobre la excelencia de oír misa: El venerable Beda dice que la mujer preñada que oye misa con devoción, su pariere aquel día no sentirá graves dolores al final. Los que oyen devotamente el sacrosanto Sacrificio de la misa ganan 30,800 años de indulgencia aplicables por las almas del purgatorio (Coixtlahuaca, 1898).

El hecho de que Gillow se pusiera a transcribir lo anterior, me indica que tenía interés en el escrito, más, si vemos que en cientos de páginas escritas en muchos años casi nunca copia nada a no ser los resúmenes de las cordilleras que le interesaban. ¿Creía el obispo que el contenido de lo que transcribió? No tengo más indicio para responder que seguir observando lo que hace él y lo que la gente espera de él, pues en más de una ocasión le pidieron que hiciera obras de mago, como allá en Sta. Catarina por Ozolotepec cuando se le acercó la gente para quejarse que caían muchos rayos y para que hiciera algo, sin duda con el poder que representaba. Gillow molesto por la confusión les compra un pararrayos (1896).

En San Pablo Coatlán, en el templo de hermosos retablos, en la madrugada, el obispo todo revestido y ahumado por los cientos de velas, rezaba las letanías de los santos con voz grave. Luego se paró, ayudado por el Sr. Cura, y vuelto al pueblo que seguía sus movimientos con angustiosas miradas, procedió a bendecirlo, absolverlo del pecado del que esa gente se hacía culpable y que el mismo Gillow cuenta:

Los caciques del pueblo exigían al Sr. Cura que dijera la misa tarde hasta que ellos cómodamente se levantaban. Al fin se resistió el Sr. Cura y porque ya no quiso estarles sujeto lo echaron fuera de la parroquia y se ha notado desde entonces que el pueblo no ha prosperado y más bien ha ido en decadencia aún disminuyendo el número de sus habitantes. Subimos luego un pequeño cerro y me enseñaron el lugar en donde le quitaron al Sr. Cura el caliz que se llevaba y lo profanaron bebiendo los del pueblo en él. Más arriba en una cumbre a donde despidieron al sacerdote, éste al separarse dicen que mordió la tierra, el hecho es que en ese lugar apareció una cruz que quisieron borrar pero no pudieron, pues reaparecía sobre



las piedras que colocaban para tajarla. Llegaron entonces a construir con ladrillo y mezcla sobre ese lugar y se volvió a aparecer la cruz, hasta que el pueblo hizo el juramento en el lugar que hoy veneran. Sin embargo no han mejorado y pidieron que los bendijera: reunieron un plato de cobre de limosna \$5.32. Aproveché la circunstancia para predicarles sobre el respeto al sacerdocio, la sumisión a los Sres. curas y la importancia de la religión. Los bendije (1896).

En este caso no les compra pararrayos, sino que les sigue la creencia y el temor absolviéndolos de algo que ellos no habían hecho sino los antepasados, y además manipulando las circunstancias para que sigan sumidos creyendo que les va mal por algo intangible, etéreo que sucedió vagamente allá en el más ahumado pasado.

Mundo desconcertante, creo yo, el de los indios y el de Gillow para ellos. Gente que aún casi niños ya fornicaban (Jamiltepec), niños fumando puros de la costa (San Mateo Piñas). En Chilapa cerca de Yolomecatl exigen los servicios del cura con machete y pistola; en Sola donde los ritos y ceremonias del obispo les eran incomprensibles, unos creían que la confirmación era la ceremonia de santiguarse; otros no querían confirmarse porque creían que era un segundo bautismo. Aquellos más por Tejomulco que creían que el cura era hechicero porque a la hora de la consagración sonaban las campanas de otros pueblos. En fin, los de Pochutla, que por un lado es un pueblo modelo donde casi no hay borrachera “bastante inocencia, robo casi desconocido”, por otro, abundan los casados sólo por lo civil y “hay muchos hombres grandes con barba (que) se conservan solteros y guardan continencia”.

Pero dejemos a un lado el grupo mayoritario de la población de la diócesis y pasemos al menor, de jefes políticos, presidentes municipales, ricos terratenientes, extranjeros. Mundo que también trató Gillow y en el que se movía con tanta gracia.



Ya se indicó cuál era el proceso que Gillow usaba al llegar a su pueblo, su trato con las autoridades, con los importantes de la población. Hombre de buen gusto en el comer y muy celoso de su autoridad, gustará de ser bien recibido por los indígenas, los curas y los dueños de fincas por donde anda. Aunque no suficientemente contrastada, surge una fotografía de esa otra parte integral de la sociedad porfiriana oaxaqueña que no puede menos de estar en contacto con los indígenas.

En Miahuatlán halla que don Basilio Rojas es el depositario de los fondos y limosnas del Señor de Cuixtla cuya fiesta se celebra el 3 de mayo y por lo visto se recolectaba buen dinero. Como en común con otras parroquias, también aquí, don Basilio no da cuentas al cura de los fondos y más serio aún, jinetaba el dinero “lo reparte con premio”. En el caso intervienen el jefe político y el cura mismo de Ejutla para pedirle a Gillow que no cambie al Sr. cura Luna de Miahuatlán, lo cual sospecha Gillow, es para favorecer a don Basilio. En la plaza se pasa una alcancía los lunes para el señor de Cuixtla. Don Basilio da el dinero para las misas que de suyo deben dar los mayordomos del señor; Gillow cierra su libro de apuntes con cáustico comentario “los hijos de don Basilio no prestan garantías” (1888). Regresaría en 1896, y algo ha de haber dejado de recuerdo en la población de su primera visita, el caso es que en ésta es recibido con 44 arcos, todas las casas adornadas, “en la puerta del cementerio una comisión de señores vestidos de levita negra me dieron la bienvenida”. Esta vez quiso ver el santuario de Cuixtla, halló la iglesia fea, estrecha, parte de adobe, pero que tenía \$12 000 en el camerín del señor.

También en el ‘90, los de Ocotlán no se quedaron atrás y le hicieron gran borlote con 32 arcos de yema y papel. Invita a comer a su lado a don Julián Barroso, jefe político, pero no al juez, por ser hijo de apóstata.



En otro primer recorrido por la sierra, después de estar en Ixtepeji, cae al atardecer en la fábrica de Xía donde es muy bien atendido por “Mr. Grandison y su joven esposa veracruzana”. En ese mismo viaje, en Sta. Teresa, cerca de Tuxtepec, en una finca, lo esperaban con banderas, inglesa, españolas y mexicana. Como se ve, la gente de razón sabía reconocer las mezclas de sangre de los suyos. El que se equivocó de país, fue aquel cura que recibe a Gillow hablándole en italiano.

En playa Vicente los indios andan en pleito con los españoles que quedaban por ahí. Todo se debía a un español que hacía su agosto retratando y vendiendo fotos del señor de la playa (1889).

Los señores de tierras

La región de Chinantla es de fincas cafetaleras en plena expansión; se construyen caminos, se hacen presas, se importa maquinaria de Estados Unidos, se traen extranjeros de socios y administradores. Gillow comprará enormes propiedades también, Porfirio Díaz se interesa en otra.² Entrando por Teotitlán del Camino, la región cafetalera del distrito, dice Gillow, comienza en Chilchotla. En los cafetales de ese lugar hay un americano católico don Carlos Abel; está también la familia inglesa del Sr. Forseyth, el francés Buitrón “y varios húngaros” (1889). La superficie de Chilchotla tiene una extensión de 32,957 hectáreas que se dividieron en 53 lotes “el municipio vendió sus terrenos fraccionándolos y ya están todos los lotes enajenados debiendo los compradores pagar por cortas anualidades” (Teotitlán, 1895).

Para ir a Huautla en 1895 se había hecho un camino “casi carretero” por más de 1,000 hombres. Gillow, siguiendo su recorrido ese año, va desde San Juan, a Teutila y Chiquihuitlán y después de muchos resbalones y lluvias apocalípticas llega al cafetal

² Aquí se convendría recordar que debido a las leyes de colonización en el país, de 1883 a 1906 se adjudicaron a particulares y a compañías cerca de 49 millones de hectáreas de suelo patrio, casi la quinta parte del total. Sólo en la costa de Oaxaca más de 300 mil hectáreas pasaron a manos de particulares. Cfr. Ciro Cardoso (ed.) *México en el siglo XIX (1821-1910)*, Editorial Nueva Imagen, México, 1980, p. 315-16.



Carlota de un tal general Pradillo.³ Lo sale a recibir el socio industrial, un alemán “bienvestido y con guantes”. Este cafetal tenía 3,000 hectáreas. Luego pasa el río grande de Quiotepec hasta llegar al cafetal el Faro de 3,600 hectáreas. Del otro lado del río, otra vez lo esperaba el Sr. Manuel Merino Mantecón con la peonada, estas cuadrillas, para hacer honor a las ideas positivistas de sus patrones, estaban con sus azadones, palas y picos en actitud de firmes y portaban estandartes “indicando las virtudes morales de progreso, valor, trabajo, orden... la fe y otras en letras negras por la paz”. Había en ese clima caliente y de humedad sofocante tras enormes arcos por donde debía de pasar el obispo terrateniente y amigo de los señores de las tierras, los arcos decían: “El trabajo todo lo vence con el impulso, la protección y apoyo”. Muy porfirano todo.

De El Faro, del cual era accionista en esa época Gillow (“No tengo el título de accionista y es preciso reclamarlo al regresar a Oaxaca”), dice que de las 3,600 hectáreas “apenas el pico se podría cultivar en los 5 años y es medida lineal, pues serán cuando menos 5,000 superficiales. Hay como 3,500 cafetos plantados y pretende el Sr. Merino redondear los 500,000 a los 5 años... tiene ya cerca de 200 familias rancheradas y comprenden el castellano” (1895).⁴ Después del almuerzo lo llevaron a recorrer los cafetales que en ese clima florece cinco veces. Desde la altura se ve Jalapa y Ojitlán. Rumbo a Teutila se ven varios cafetales, uno de ellos, el de don Manuel Martínez

³ Para 1901 ya no era dueño el General Pradillo. Este militar había estado bajo las órdenes de Maximiliano, y nombró “Carlota” a su propiedad en honor de la esposa de su comandante general. En 1901 Carlos Palomino, uno de los mejores conocedores de café, era el administrador de la “Carlota” y había logrado plantar 400 mil cafetos y se esperaba en un plazo corto que habría un millón de árboles. La maquinaria era de lo más moderno, había sido vendida e instalada por Marcus Mason and Co. de Nueva York. Ordinariamente trabajaban 100 hombres y en tiempo de cosecha, que duraba hasta 4 meses, había de 150 a 500 hombres y mujeres, J.R. Southworth, “The cafetal Carlota, District of Teotitlán, State of Oaxaca” en *Ilustrada México*, t. V, diciembre, 1901, p. 60-61.

⁴ Del otro lado del valle donde está la “Carlota”, se hallaba la finca cafetalera más grande del estado, según Southworth, El Faro, cuyo dueño era Porfirio Díaz en 1901. El valor de los cafetos podía superar el proporción de 50 a 1 el valor de la tierra. En 1908, en la finca la Libertad, las 24 hectáreas valían 312 pesos, a 13 pesos la hectárea, en cambio las 80,000 plantas de café a 20 centavos cada una valían 16,000. Véase Thomas J. Cassidy, *Haciendas and pueblos in XIX Century Oaxaca* (tesis), Cambridge University, 1981, p. 240.



Gracida “el más grande por el rumbo”. El Faro está medido “a 3,000 metros por los cuatro vientos”.

Años después, Gillow de visita por la región, le escribe a don Porfirio Díaz sobre el estado de la finca El Faro, “por impresiones”, y éstas eran mañas, pues en cuatro años hay abandono e inexperinecia en el manejo de la finca, maquinaria costosa que no sirve por mal instalada (febrero, 1899). Algo pasaba con esa finca cafetalera, un tal Enrique Sánchez de Teutila que tenía a su cargo Lucrecia y San José rechazó sin mucho pensarlo la administración de El Faro con un sueldo de 3,000 anuales.

Gillow escribe las medidas que deben tomarse para mejorar varias cosas, que el ferrocarril pase por Motzorango, con eso se beneficiaría más la región al llevar la vía más al sur, hacia Ojitlán; dismantelar parte del galerón donde está la maquinaria en La Carlota; carta al jefe político de Usila para que le ayude en el camino que el mismo Gillow construye de Valle Nacional a Usila; en la propiedad de Papantla de Gillow se deben anchar los caminos “los indios de los Tlatepuscos son los más adecuados y cercanos para esta obra...”; traspasa a sus cuadernos las notas de elevaciones, distancias, no menos de 15 croquis de mapas; manda contratar una cocinera por \$12 al mes. Y de día, vuelta a recorrer, mediar, dar órdenes, y tanto se descuidó que tuvo que mandar traer el braguero doble pues la tos lo obligaba a contener la hernia con las dos manos.

Quizá, esto de la hernia le recuerda al lector que ya se había mencionado antes y quizá le haga reflexionar sobre lo que ha estado leyendo: sí, el obispo de aquella hernia es el mismo de la segunda mención, sólo que parecen dos personajes distintos, uno preocupado por el tamaño de los manteles en los altares, si las aras están rotas, si las cofradías, si los curas, si la asociación de la buena muerte y éste, que ni parece decir misa, éste que es un terrateniente, bueno sí, pero, progresista, innovador, invertidor.



En el diario de visitas no aparece el origen de las propiedades de Gillow en la Chinantla. Es en el archivo de la mitra de Oaxaca donde aún se conservan en muy buenas condiciones los títulos de las propiedades de Monseñor. Hasta donde es dado reconstruir el proceso, parece que a raíz de la ley de baldíos de 1883, empieza un periodo de ventas de tierras de los pueblos. Por ejemplo, la propiedad principal de Gillow en San Juan Papantla, aparece vendida en 1893 por el síndico de Valle Nacional a favor de un tal Ramón Sánchez; luego, éste vende en 1895 al Sr. Manuel Merino Mantecón, ese mismo año Merino firma escritura de reconocimiento de deuda con obligación de pago e hipoteca sobre San Juan Papantla a favor del Sr. Eulogio Gillow; en esta escritura se lee: “el cual terreno se compone de 7,155 hectáreas... por la convenida suma de \$13,000...”. Posteriormente Gillow fue incorporando otros terrenos añedaños y haciendo acuerdos de deslindes con los pueblos de Tlatepuzco y Usila.

Otra finca, El Paraíso de Usila, también de Gillow, tuvo el mismo origen, primero perteneció “al común del pueblo de Usila” quien adjudicó en 1891, al Sr. Alejandro Díaz 2,686 hectáreas y 833 m² por \$2,184.80, es decir a 81 centavos la hectárea. En 1895 aparece una escritura de venta de Enrique Esperón a favor de los Sres. Benjamín Régules, Carlos E. Hoffman y Sra. Rosa Iñiguez Cornejo; al siguiente año estos tres fraccionan el terreno tocándoles respectivamente 1,543, 255 y 866 hectáreas; en 1896, escrituras de sociedad agrícola entre Agapito Verde y Benjamín Régules, uno de los fraccionadores, para explotar café en El Paraíso de Usila con un capital social de \$30,000; en 1902, escritura de disolución de la sociedad Agrícola y por fin, en 1907; Agapito Verde vende el Paraíso de Usila, al menos la porción de Régules que era de 500 hectáreas de las 1,543 que tenía, al Sr. Eulogio Gillow por \$1,400. En la misma forma, Gillow va adquiriendo pequeños terrenos alrededor de su finca El Paraíso. Hay no menos de cinco escrituras en este efecto.



En 1897 vuelve a sus propiedades. A toda velocidad se desmonta en la Providencia y en San Eulogio. Para ese fin llevó peones de Huitzo; Régules, su vecino, le presta también y con 50 hace el desmonte. Al fin de la semana los peones se acercaron por su raya, “a razón de 4 reales al día. A todos mis rancheros les di una medallita”. Pero los peones le dicen que si no va a pagarles el acarreo de lámina, petates y otros enseres que había regalado el Sr. Foster; Gillow les dijo que después se vería, pues había que arreglar cuentas, ya que le debían renta, “les dije que entraría en la raya, sólo a uno le presté 25 centavos para sus cigarros”. Bueno, los costos andaban mal para los finqueros, mire Ud. \$3 de flete a cada usiteco por cargar a sus espaldas desde Usila a Valle Nacional los bultos de café y tabaco, así que no quedaba mucha ganancia. Hasta para casarse salía caro en Usila, desde los 10 años los padres se fijaban en la novia del hijo y si la concedían, dice Gillow, empezaban a mandar maíz, frijol, gallinas y así la seguían manteniendo a la novia en su misma casa hasta que se casaban (1897). Estos se casaban, pero en Ixcatlán dice el obispo, “vendían a las hijas para la prostitución”. En el mismo lugar “tierra de bandidos... se tratan los padres y los hijos y los hermanos”, clara referencia a la homosexualidad. Aquella Chinantla de entonces, en Amapa a donde llega su recorrido por río de Tuxtepec a Paso Rincón, sabe que se formó de piratas perseguidos por los españoles que se refugiaban en el río Tonto y también por negros huyendo de la esclavitud. En Amapa llevaban 18 años sin cura.

En las Carolinas, cerca de Tuxtepec, es muy bien recibido, la finca era propiedad de don Víctor Aguja (sic), su hijo Antonio es el que agasaja a Gillow (1901). Este español de origen asturiano hizo su fortuna en Valle Nacional con el café. Ya desde 1891 se le ve muy activo prestando dinero para que otros planten café y cobrando con parte de la producción a precios inferiores del mercado a veces hasta el 12 ½ por ciento. Sin embargo como cultivador de tabaco fracasó y en 1901 hipotecó Las Carolinas por 80,000 pesos y en 1906 la finca fue adjudicada al Banco Internacional e Hipotecario “en rebeldía”, al no poder pagar los intereses. El Banco vendió la propiedad en 1911 a



Enríquez Zepeda por 90,000 pesos. Pero éste tampoco puede pagar y vuelve la propiedad al banco “en rebeldía” en 1913.⁵

Por otro rumbo del estado, en Santa Cruz, pueblo reciente entre Ozolotepec y Xanica, almuerza en la finca del Sr. Jarquín. El administrador resultó ser húngaro de mero Budapest y a sus 21 años ya ganaba \$50 y hasta aprendió “el idioma de los indios”.

La región de Xanica de clima templado y caliente y en donde se da sin dificultad el cacao, la vainilla y el café, eran tierras codiciadas por los terratenientes, “las fincas establecidas son pertenecientes a extranjeros alemanes principalmente” (1896). Allí los jóvenes zapotecos de 12 o 13 años se casan por la Iglesia, pero a los 18 o 20 años difícilmente se mejoran, pues pasan a ser “viciosos, flojos e ineptos para sostener una familia”.

De otros lugares fue la gente a San Mateo Piñas para ver al obispo del año del 96.

A las 10 de la noche llegaron de Xadani unos 25 habiendo caminando las 20 leguas en dos días y se presentaron varios muchachitos y muchachitas, hablan bien el castellano y están decentitos en su ropa... un muchachito de 5 años, de la costa, hizo el camino a pie y fumaba su purote con cabeza alzada de lo más natural, reconociéndose que tiene costumbre.

Pluma Hidalgo, de reciente fundación, fue visitado varias veces por Gillow. En 1888, en su primer viaje por la costa, llegó a Pluma pasando antes por varios cafetales de don Pablo Martínez quien llevó a Gillow a su finca La Providencia. En esa ocasión, el ojo avisor de terratenientes del Sr. obispo pudo observar las fincas cafetaleras que se extendían desde Galera en dirección a frente a Huatulco. Entonces se comenzaba a desmontar el cerro del Espino. Los terrenos de estos finqueros pagaban \$150 por legua cuadrada a los ayuntamientos de los pueblos por donde se extendían, además gozaban

⁵ *Protocolos de Tuxtepec*, 1891, Archivo de Notarias de Oaxaca, citados en Cassidy, *op. cit* p. 247-48.



de la facultad de adquirir a bajo precio los terrenos. De regreso en La Providencia, el obispo bendice la primera piedra de la capilla privada que construiría el devoto dueño. Se quita los arreos de la bendición y se pasa a los negocios de nuevo, da \$20,000 al 6 por ciento con garantías a don Pablo Martínez y socios para el fomento de sus fincas cafetaleras. Así que ya sabe Ud. a quién le debe el magnífico café de Pluma.⁶

En 1896, vuelve Gillow por estas fincas, esta vez lo atiende el Sr. Alberto Baldersain, nieto de aquél don Basilio Rojas, que era ya “un anciano con barbas blancas”. En ese viaje, otro devoto pide también privilegio de capilla privada para su finca San Joaquín. Don Benito Audelo quien solicito se apresuró a sacar del bolsillo los \$12 de derechos. Eran los tiempos de las buenas devotas conciencias porfirianas.

En La Pluma fue el gran recibimiento, después de todo Gillow había arriesgado su capital. Toda la noche hubo cohetes, cámaras y catarinas, el centro de la nueva colonia lo iluminaron con fogatas de ocote que duraron prendidas hasta la madrugada. La comida otra vez de alabarse y chuparse los dedos: “con latas de pickles, y vino del Rhin, borgoña, etc., hasta el desperdicio”.

Al salir de Pluma vuelve a pelar el ojo avisor y no puede menos que notar el progreso mientras atraviesa las fincas, “el monte está ya todo destrozado y en los altos empiezan a secarse los cafetos, me señalaron finca que costó \$18,000 y hoy no vale nada”.

Huatulco, aunque tiene buen fondo para barcos, tenía ya la competencia de Puerto Ángel “por intereses ya establecidos”. A Sta. María Huatulco lo va a visitar Mr. Patrick Walker Simaton (?) escocés, que tiene una finca a tres leguas. “Se quejan los extranjeros de las fincas de Piñas de mala voluntad de los indios quienes no quiere acercárseles ni

⁶ Southworth dice que el mejor café, y a pesar de los premios internacionales al café del El faro y la Carlota, era el de Progreso y anexas a 40 kms. de Puerto Ángel, en los cerros de El Espino y de la Pluma. En 1901 los terrenos que cubrían un área de 2,000 hectáreas y pertenecían a Rito Mijares, estaban en venta, Southworth estima su valor en “400,000 pesos, es decir 20,000 oro”.



venderles maíz, tienen (que llevar) gente de Ejutla”. Es en este viaje, que Gillow supo de los hombres castos por Pochutla ya mencionados antes. “El café ya se exporta en grande escala y se consume principalmente por los compradores de Mazatlán lo pagan a \$36 el quintal. El día que se cultiven los terrenos de Loxicha aumentará mucho”. En Puerto Ángel había bodegas para el café, y como no cabía, lo tenían en gran existencia en la playa misma. Allí vio a la madre de Carlos Hala, mujer a quien Gillow alaba en su diario, sus hijos estudian en San José California y ella divide su tiempo entre sus hijos y en la colonia La Pluma.

Gillow, que en estos viajes cafetaleros parece olvidarse de confirmaciones, va a ver la pesca de la perla que hace una compañía de La Paz. Unos 30 buzos con escafandras y largos tubos bajan de 3 lanchas de un barco. La compañía paga \$10 por tonelada al gobierno por la concesión exclusiva de la pesca en todas las costas del litoral del Pacífico. Sólo con la concha nácar se recuperan los gastos de la operación y la utilidad queda en la perla. El capitán le enseña una perla cuyo valor era de \$10,000. Gillow no aguanta la curiosidad y hojea los libros: 40 pescadores de Baja California gastan \$60 diarios incluyendo todo. Los buzos antes de la matanza apartan el diezmo y si hay perla es también para ellos.

En 1894 Gillow vuelve a recorrer la otra mitad de la costa. De paso por Juquila se informa que al año se colecta \$1,200 y 50 arrobas de cera, pero “la dificultad consiste en la familia de Octaviano Guijón, jefe político y a sus cuatro hijos. Quieren colocar interventores en los fondos, pero hasta ahora los Sres. curas los han manejado. Antes la S. Mitra disponía de todos los fondos. Este jefe político era finquero allá por Río Abajo cerca de Zacatepec, donde planta café, cacao, hule y tiene gente que gana \$3”.

Ya entonces el pueblo de Jocotepec había quedado casi abandonado, apenas hay 2 ó 3 familias, la iglesia en ruinas. Era un pueblo rico en la época de la granada, pero ahora la



gente se va para Río Grande donde hay una máquina de don Dámaso Gómez para despepitar algodón. Había además de ésta, otras dos despepitadoras en Chacalapa y Minisundo (?).

Pinotepa lucía en ese año una iglesia de 9 por 176 pies, obra del P. Nicolás Grijalva en 30 años de ministerios; la platería toda relumbrante. Pinotepa comerciaba con Acapulco “a dos jornadas se embarcan y en tres días la lancha los llevaba a Acapulco donde hay bastante comercio de objetos europeos y algo de los Estados Unidos, bastante llega de Inglaterra”.

En Atoyac se cultivaba el tabaco principalmente “reuniéndose el mejor y el más fuerte para la costa y lo demás se manda a Puebla y Veracruz, siendo Putla el mercado de contratación”. Luego viene una opinión personal de Gillow acerca del ganado menor que formaba las haciendas volantes.

El ganado de los bajos se muere arriba, pero el que existe por ese rumbo ya no, y de ahí proviene que el general León formó las haciendas volantes de ganado cabrío en Oaxaca y en Guerrero, pertenecientes a don Guillermo Ochoa de Puebla, este señor y don Agustín Mora son los más fuertes en el ramo y hacen la matanza en las cercanías de Huajuapán parte de Tehuacán. Por estas regiones se están en la seca, suben a la montaña en tiempo de aguas y ni entrar en el invierno se hace la matanza en Sta. Inés cerca de Ocotlán (1894).⁷

Rumbo a la Mixteca, a las afueras de Putla, Gillow visita la finca La Concepción que fue de don José Esperón y luego pasó a manos de Gustavo Stein. Reanimado con una cerveza Pilsen que le ofrecen, visita las instalaciones que eran antiguas, toda la

⁷ Son varios los estudios que establecen el origen colonial de las fincas “colantes”, Andrew C. Moual, *Los Chiveros de la Mixteca Baja* (tesis), UNAM, 1980; Rodolfo Pastor *Sociedad y Economía en la Mixteca 1784-1810* (tesis), El Colegio de México, 1981; Ángeles Romero Frizzi, *Economía y Vida de los Españoles en la Mixteca Alta: 1519-1720* (tesis), UIA, 1985. El General León no creó por tanto ese tipo de haciendas.



maquinaria de cobre, hasta los engranes y que había costado \$70,000. Se construye la fábrica de aguardiente con la ayuda de los muchos acasillados.

En Tilantongo sabe de un personaje suelto por esos cerros, un tal Rafael Sebastiani, italiano, que vende ornamentos y dora vasos sagrados para el culto, y era al mismo tiempo “fundador de logias e impío”.

Al año siguiente en 1895, en Cuicatlán a donde llega el obispo en ferrocarril, notó que la gente hablaba de dos logias masónicas “pero se limitan a los principales quienes no van a misa”. Allí mismo ve que dos familias de Oaxaca se habían establecido introduciendo el protestantismo, “uno que se dice obispo protestante ha dejado un presbítero y viene de Oaxaca a veces”. En Quitepec ve volantes anunciando al mismo evangélico Lucio Smith, “se juntará la gente a estudiar las doctrinas fundamentales de la religión cristiana con especialidad aquellas en que se diferencia la iglesia romana de la evangélica. Se invita cordialmente a todos los amigos de la verdad y el progreso humano. Cuicatlán, Feb. 26/95, Lucio Smith, ministro evangélico”. Los protestantes los hallará Gillow en San Juan del Estado, en Sta. Inés del Río, Sto. Domingo Nusaa y en San Andrés Nucino (1913). En Nochixtlán los ánimos contra los masones se pasaron demasiado, pues con motivo de la visita de Gillow, a un pobre licenciado masón lo hirieron con el machete dos hombres que querían cortarle la cabeza para presentársela a su obispo. Éste de todos modos no es muy caritativo con el abogado “el infeliz era prudente, osado y provocativo. Se salvó con el brazo quedando el hueso interesado” (1894). En Zanacatepec y Tapanatepec había espiritismo. Allí un Celso Bezares es el jefe que se da el rango de obispo y hasta tiene un párroco de nombre Antonio Nibón.

Fuente: Esparza, Manuel, *Gillow durante el Porfiriato y la Revolución en Oaxaca (1887-1922)*, Tlaxcala, 1985, p. 61-75. Recuperado de Margarita Dalton (compiladora), *Oaxaca. Textos de su historia*, t. IV, Gobierno del Estado de Oaxaca, Instituto Mora, 1997 pp. 28-42

